

BARTOLOMÉ HIDALGO (1)

DIÁLOGO PATRIÓTICO.

Entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las Islas del Tordillo y el gaucho Ramón Contreras, vecino de la Guardia del monte.

Cont. — ¡Con que amigo! ¿Díaónde dia-Sale? Meta el redomón, [blos
Desencille, voto adelante...
¡Ah pingo que dá calor!

Ch. — De las islas del Tordillo
Salí en este mancarrón,
¡Pero si es trabuco, Cristo!
¿Cómo está señó Ramón?

Cont. — Lindamente, á su servicio...
¿Y se vino del tirón?

Ch. — Sí, amigo; estaba de balde
Y le dije á Salvador:
Andá, traeme el azulejo,
Apretámele el cinchon,
Porque voy á platicar
Con el paisano Ramón;
Y ya también salí al tranco,
Y cuando se puso el sol
Cojí el camino y me vine;
Cuando en esto se asustó
El animal, porque el poncho
Las verijas le tocó...
¡Qué sosegarse este diablo!
A bellaquear se agachó,
Y conmigo á unos zanjones
Caliente se enderezó.
Viérome medio atrasado,
Puse el corazón en Dios
Y en la viuda, y me tendí;
Y tan lindo atropelló

Este bruto, que las zanjas
Como quiera las salvó.
¡Eh p... el pingo ligero
Bien haya quien lo parió!
Por fin, después de este lance
Del todo se sosegó,
Y hoy lo sobé de mañana
Antes de salir el sol,
De suerte que está el caballo
Pavejo que da temor.

Cont. — Ah, Chano... pero si es liendre
En cualquiera bagualón!...
Mientras se calienta el agua
Y echamos un cimarrón,
¿Qué novedades se corren?

Ch. — Novedades... qué sé yo;
Hay tantas que uno no acierta
A qué lado caerá el dos,
Aunque le esté viendo el lomo.
Todo el pago es sabedor
Que yo siempre por la causa
Anduve al frío y al calor,
Cuando la primera patria
Al grito se presentó
Chano con todos sus hijos.
¡Ah tiempo aquel, ya pasó!
Si fué en la patria del medio
Lo mismo me sucedió,
Pero amigo, en esta patria...
Alcánceme un cimarrón.

(1) BARTOLOMÉ HIDALGO nació en el departamento de Soriano. Sirvió en las guerras de la independencia y en las luchas civiles argentinas. Es el creador, en compañía de Valdenegro, del género poético criollo. Con el nació la trova americana y su música original y llena de carácter local, dió sin duda alguna la pauta al nacimiento de la literatura nativa. Sus singulares composiciones se cantaban con acompañamiento de guitarra, en los campamentos militares, y corrían de pago en pago formando una aureola de popularidad al trovero. En 1816 hizo representar una producción dramática titulada « Sentimientos de un patriota ». Pocos rastros han quedado de este singular personaje, como no sean sus relaciones que aún hoy se cantan en las campañas americanas.

Cont. — No se corte, dele guasca,
Siga la conversación;
Velay, mate: todos saben
Que Chano, el viejo cantor
A donde quiera que vaya
Es un hombre de razón,
Y que una sentencia suya
Es como de Salomón.

Ch. — Pues bajo de ese entender
Emprésteme su atención,
Y le diré cuánto siente
Este pobre corazón,
Que como tórtola amante
Que á su consorte perdió,
Y que anda de rama en rama
Publicando su dolor;
Así yo de rancho en rancho
Y de tapera en galpón,
Ando triste y sin reposo,
Cantando con ronca voz
De mi patria los trabajos
De mi destino el rigor.
En diez años que llevamos
De nuestra revolución,
Por sacudir las cadenas
De Fernando el baladrón,
¿Qué ventaja hemos sacado?
Las diré con su perdón,
Robarnos unos á otros,
Aumentar la desunión,
Querer todos gobernar,
Y de facción en facción
Andar sin saber que andamos:
Resultando en conclusión
Que hasta el nombre de paisano
Parece de mal sabor,
Y en su lugar yo no veo
Sino un eterno rencor,
Y una trapilla de pobres,
Que metida en un rincón
Canta al son de su miser'a:
¡No es la miseria mal son!

Cont. — ¿Y no se sabe en qué diasgues
Este enredo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
Que son de mala intención!
V. que es hombre escribido
Por su madre digaló,
Que aunque yo compongo cielos
Y soy medio payador,
A V. le rindo las armas
Porque sabe más que yo.

Ch. — Desde el principio, Contreras,
Esto ya se equivocó.
De todas nuestras provincias

Se empezó á hacer distinción,
Como si todas no fuesen
Alumbradas por el sol;
Entraron á desconfiar
Unas de otras con tesón,
Y al instante la discordia
El palenque nos ganó,
Y cuanto nos descuidamos
Al grito nos revolcó.
¿Por qué nadie sobre nadie
Ha de ser más superior?
El mérito es quien decide,
Oiga una comparación:
Quiere hacer una volteada
En la estancia del Rincón
El amigo Sayavedra,
Pronto se corre la voz
Del pago entre la gauchada;
Ensillan el mancarrón
Más razonable que tienen,
Y afilando el alfajor
Se vinieron á la oreja
Cantando versos de amor.
Llegan, voltean, trabajan;
Pero amigo del montón
Reventó el lazo un novillo
Y solito se cortó,
Y atras del como langosta
El gauchaje se largó...
¡Qué recostar, ni en chanza!
Cuando en esto lo atajó
Un muchacho forastero,
Y á la estancia lo arrimó.
Lo llama el dueño de casa,
Mira su disposición,
Y al instante lo conchava.
Ahora, pues, pregunto yo:
¿El no ser de la cuadrilla
Hubiera sido razón
Para no premiar al mozo?
Pues siga la aplicación.
La ley es una nomás,
Y ella dá su protección
A todo el que la respeta.
El que la ley agravio
Que la desagravie al punto,
Esto es lo que manda Dios,
Lo que pide la justicia
Y que clama la razón:
Sin preguntar si es Porteño
El que la ley ofendió,
Ni si es salteño ó puntano
Ni si tiene mal color.
Ella es igual contra el crimen,
Y nunca hace distinción
De arroyos ni de lagunas,
De rico ni pobretón;
Para ella es lo mismo el poncho

Que casaca y pantalón:
Pero es platicar de balde,
Y mientras no vea yo
Que se castiga el delito
Sin mirar la condición,
Digo que hemos de ser libres....
Cuando hable mi mancarrón.

Cont. — Es cierto cuanto me ha di-
Y mire que es dolor [cho,
Ver estas rivalidades,
Perdiendo el tiempo mejor
Sólo en disputar derechos,
Hasta que ¡no quiera Dios!
Se aproveche algun cualquiera
De todo nuestro sudor.

Ch. — Todos disputan derechos,
Pero amigo, sabe Dios
Si conocen sus deberes:
De aquí nace nuestro error,
Nuestras desgracias y penas;
Yo lo digo, sí señor,
¡Qué derechos ni qué diablos!
Primero es la obligación,
Cada uno cumpla la suya,
Y después será razón
Que reclame sus derechos.
Así en la revolución
Hemos ido reculando,
Disputando con tesón
El empleo y la vereda,
El rango y la adulación.
Y en cuanto á los ocho pesos....
¡El diablo es este Ramón!

Cont. — Lo que á mí me causa espan-
Es ver que ya se acabó [to
Tanto dinero, por Cristo;
Mire que daba temor
Tantísima pesería!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el general Belgrano
(Que esté gozando de Dios)
Entró en Tucumán, mi hermano
Por fortuna lo topó,
Y hasta entregar el rosquete
Ya no lo desamparó.
¡Pero ah contar de miserias!
De la misma formación
Sacaban la soldadesca
Delgada que era un dolor!
Con la ropa hecha miñangos,
Y el que comía mejor
Era algun trigo cocido,
Que por fortuna encontró;
Los otros, cual más cual menos
Sufren el mismo rigor.

Si es algun buen oficial
Que al fin se inutilizó,
Dá cuatrocientos mil pasos
Pidiendo por conclusión
Un socorro: No hay dinero,
Vuelva.... todavía no....
Hasta que sus camaradas
(Que están también de mi flor)
Le largan una camisa,
Unos cigarros, y á Dios!
Si es la pobre y triste viuda
Que á su marido perdió,
Y que anda en la diligencia
De remediar su aflicción,
Lamenta su suerte ingrata
En un misero rincón.
De composturas no hablemos;
Vea lo que me pasó
Al entrar en la ciudad:
Estaba el pingo flacón
Y en el pantano primero
Lueguito ya se enterró,
Seguí adelante, ¡ah barriales!
Si daba miedo, señor!
Anduve por todas partes
Y ví un grande caserón,
Que llaman de las comedias,
Que hace que se principió
Muchos años, y no pasa
De un abierto corralón,
Y dicen los hombres viejos
Que allí un caudal se gastó,
Tal vez al hacer las cuentas
Alguno se equivocó,
Y por decir cien mil pesos...
Velay, otro cimarrón.
Si es en el paso del Ciego
Allí *Tacuara* perdió
La carreta, el otro día,
Y él por el paso cortó
Porque le habían informado,
Que en su gran composición
Se había gastado un caudal.
Con que, amigo, no sé yo
Por más que estoy cavilando
A dónde está el borbollón.

Ch. — Eso es querer saber mucho;
Si se hiciera una razón
De toda la plata y oro
Que en Buenos-Aires entró,
Desde el día memorable
De nuestra revolución,
Y después de buena fé
Se diera una relación
De los gastos que han habido,
El pescuezo apuesto yo
A que sobraba dinero

Para formar un cordón
Desde aquí á Guazupicúa;
Pero en tanto que al rigor
Del hambre perece el pobre,
El soldado de valor,
El oficial de servicios,
Y que la prostitución
Se acerca á la infeliz viuda,
Que mira con cruel dolor
Padecer á sus hijuelos,
Entre tanto el adulón,
El que de nada nos sirve
Y vive en toda facción,
Disfruta grande abundancia;
Y como no le costó
Nada el andar *remediado*,
Gasta más pesos que arroz;
Y amigo, de esta manera,
En medio del pericón
El que tiene es don Fulano,
Y el que perdió se amoló;
Sin que todos los servicios
Que á la patria le prestó,
Le libren de una roncada.
Que le largue algun pintor.

Cont. — Pues yo siempre oí decir
Que ante la ley era yo
Igual á todos los hombres.

Ch. — Mesmamente, así pasó,
Y en papeletas de molde
Por todo se publicó;
Pero hay sus dificultades
En cuanto á la ejecución.
Roba un gaucho unas espuelas,
O quitó algun mancarrón,
O del peso de unos medios
A algun paisano alivió.
Lo prenden, me lo enchalecan,
Y en cuanto se descuidó
Le limpiaron la caracha,
Y de malo y saltador
Me lo tratan, y á presidio
Lo mandan con calzador;
Aquí la ley cumplió, es cierto,
Y de esto me alegro yo,
Quien tal hizo que tal pague.
Vamos, pues, á un señorón:
Tiene una casualidad....
Ya se vé.... *se remedió*....
Un descuido que á cualquiera
Le sucede, sí señor.

Al principio mucha bulla,
Embargo, causa, prisión,
Van y vienen, van y vienen,
Secretos, admiración.
¿Qué declara? que es mentira,
Que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? no se sabe,
El Estado la perdió,
El preso sale á la calle
Y se acabó la función.
¿Y esto se llama igualdad?
La perra que me parió.
En fin, dejemos amigo,
Tan triste conversación,
Pues no pierdo la esperanza
De ver la reformación.
Paisanos de todas layas,
Perdonad mi relación:
Ella es hija de un deseo
Puro y de buena intención.
Valerosos generales
De nuestra revolución,
Que en todas vuestras acciones
Os dé su gracia el Señor,
Para que enmendeis la plana
Que tantos años se erró:
Que brille en vuestros decretos
La justicia y la razón,
Que el que la hizo la pague,
Premio al que lo mereció,
Guerra eterna á la discordia,
Y entonces sí, creo yo
Que seremos hombres libres,
Y gozaremos el don
Más precioso de la tierra:
Americanos, unión,
Os lo pide humildemente
Un gaucho con ronca voz,
Que no espera de la Patria
Ni premio ni galardón,
Pues desprecia las riquezas
Porque no tiene ambición;
Y con esto hasta otro día,
Mande usté amigo Ramón,
A quien desea servirle
Con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano
Y á su pago se marchó,
Ramón se largó al rodeo
Y el diálogo se acabó.



MANUEL DE ARAUCHO ⁽¹⁾

Á LA BATALLA DE ITUZAINGÓ.

(FRAGMENTOS).

Llegaste aurora hermosa
 Cuya divina faz mostrara al mundo
 La suerte desastrosa
 De un opresor funesto é iracundo.
 Hoy bañará la muerte
 En sangre humana la lijera rueda
 Del carro diamantino,
 Que antes que Febo iluminarnos pueda,
 Tu bella luz nos vierte
 Y anuncia el bueno y el fatal destino.

Mil sepulcros se abrieron
 Ante los ojos míos
 Que en el Rincón y en Sarandí los vieron
 Y en los amenos ríos
 El Plata y Uruguay á las legiones
 Brasileras. Los libres pabellones
 De la patria flamearon.
 Al tiempo procedieron
 Y á la victoria en su poder llevaron.
 ¡Oh sol de Ituzaingó! Tu lumbre de oro,
 Brillando esplendorosa
 Sobre los campos del precioso Oriente,
 Conduce presurosa
 Donde la seña del clarín sonoro
 Llama á la lid la hueste combatiente.
 Muy breve tiempo queda:
 Y en cuanto el fuego del fusil preceda
 Empezará el horror, y trasvenarse
 La sangre se verá. Así en el Plata
 La corriente arrebata
 Consigo cuanto encuentra sin que pueda
 Con el poder del hombre restañarse
 Hasta que el mismo suyo la convierte.
 Ya levanta la muerte
 La mano destructora que amenaza
 La ilustre vida del heroico y fuerte.
 Y empuñando la clava con que arrasa
 En un momento ejércitos enteros

(1) DON MANUEL DE ARAUCHO es autor de un tomo de poesías aparecido en 1835 con el título: *Un paso en el Pindo*. Pertenece, pues, á los poetas de la Independencia. Hizo la campaña del año 25 y llegó al grado de Coronel. Cultivó el género heroico, y sus odas llaman la atención por la fuerza lírica, la inspiración, el buen gusto y la corrección clásica.

La revuelve: mil vidas
 Van á no ser, de intrépidos guerreros,
 Y entre la furia y el horror perdidas
 ¡Se concluyó el amago!
 Revienta el trueno del cañón y el rayo
 Que al combatiente lustra la coraza,
 Disemina el estrago.

.....

El argentino y oriental unidos
 Ocupan á la vez la inmensa frente
 Del enemigo, y en furor ardiendo
 La *Alemana legión* más imponente
 Que en filas erizadas
 Repele con el plomo y el estruendo
 Los golpes que fulminan las espadas.
 Si á la fuga se libra
 El servil imperial en la batalla,
 Fiando su vida á su corcel ligero,
 El robusto oriental tras él aun vibra
 El vengador acero
 O la pistola que á su espalda estalla!...
 Empero la segur enrojecida
 Se melló, en fin, de la inhumana muerte;
 La sangre es retenida
 En los cuerpos heridos, do la vierte
 El libre vencedor... ya los tiranos
 Huyen dejando al oriental la gloria.
 Esos campos, un día tan lozanos,
 Encendidos se ven, están cubiertos
 De miembros palpitantes y de muertos.
 El clarín penetrante
 Precursor de los triunfos ha sonado;
 El corazón de gozo enagenado
 Salir quiere del pecho en ese instante
 Al soló ver llegar los vencedores
 Que al Ecuador ardiente
 Llevaron libertad y que triunfantes
 Hoy la colocan en el bello Oriente.

¡Salud, héroes! ¡Salud, libertadores,
 Alzad en vuestras manos
 El sagrado estandarte
 A cuyo aspecto tiemblan los tiranos!

.... El hálito guerrero
 No circula en la trompa belicosa,
 Ni la voz espantosa
 De ¡*Muerte á los tiranos!* ya resuena
 En el plácido Oriente....

.....

En la campaña amena
 Surca el arado, y en la paz dichosa
 Las naves que el divino río argenta
 Conducen á la arena
 De los puertos de Oriente la industriosa
 Riqueza, que los pueblos hoy fomenta.

Las artes y la ciencia
Fecundan la lumbreira
Con que en la senda del saber camina
El hombre pensador; y la experiencia
Muestra la perspectiva lisonjera
Que á la pingüe fortuna determina

¡Ciudadanos! Guerreros inmortales,
Fuertes columnas de la patria amada:
¡Escribid de la historia en los anales
Nuestra carta sagrada!...

Y vosotros, soldados valerosos;
No permitais que en el feroz Oriente
Coloque el extranjero férrea planta.
Y el día que los déspotas lo insulten,
Bajo la espada que al servil espanta
Los tronos y sus siervos se sepulten!
Y antes que el cetro del tirano fiero
Otra vez nos oprima,
Descendamos gustosos al abismo
Y sobre las cenizas del guerrero
El mismo cielo nuestra muerte gima!



ADOLFO BERRO (1)

EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta
Las vías aclara del ancha ciudad:
Silencio, do quiera, la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puèrta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos que brillan en faz atezada
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ay misero, exclama, con flébil acento,
De aquel á quien roba destino fatal
Amigos y deudos, en solo un momento,
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corrien ardientes, en vano,
Y en vano con ellas procura mover,
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste á quien negro le cupo nacer.

(1) ADOLFO BERRO nació en Montevideo el 11 de Agosto de 1819. Cursó jurisprudencia é hizo su práctica al lado de Florencio Varela, cuya amistad sin duda decidió la vocación del poeta. Su nombre, que ha quedado estrechamente vinculado á la histo-

* * *

Nada queda á mi existencia,
Arrojada con violencia
A esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora,
Que me dice á toda hora
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado
Del verdugo ensangrentado
Fiera imágen ideal,
Que acrecienta los tormentos
De sus últimos momentos
En la vida terrenal.

Así acosa al africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
A arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! Tus pesares
Se redoblan á millares
En la torpe esclavitud!
Que tu bárbaro destino
Es llorar y de contino
Ver abierto el ataud.

* * *

¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro do quiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente
El blanco codicia levára y maldad
Cautivo el inerme condujo insolente
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo
Que senda espaciosa tranquilas le dan,
Y al negro condenan á bárbaro yugo,
A vida infecunda de misero afan.

* * *

Escucha la plegaria
¡Oh padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma á tí.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes,
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Setentrion.
¿Y sólo tus miradas
No alcanza al africano?
¿Le apartas de tu mano
Le libras al dolor?

ria literaria del país, representa la tradición de toda una época. Sin embargo su gloria no está en lo que ha sido, sino en lo que hubiera podido ser. Sus composiciones tiernas y melancólicas, inspiradas en el incoloro romanticismo de principio del siglo, son frutos de una sensibilidad exquisita. No hay en ellas arranques épicos ni gritos inspirados; un sentimentalismo sereno y dulce guía al poeta. Pero en todos sus versos hay una suma de candor y sinceridad que los hace adorables. Poco tiempo antes de morir reunió sus composiciones en un volumen titulado *versos*. Su temprana muerte produjo verdadero duelo. Falleció en 1841, á los 22 años. Sobre su tumba Juan Carlos Gómez se reveló recitando unos hermosos versos. La juventud de la época erigió un monumento en la necrópolis al poeta. Su lema dice: «A la memoria de Adolfo Berro. La juventud de su patria. — Año 1841. — R. I. P.»